

CARRILLO PUERTO,
ESCUDERO Y PROAL.

YUCATÁN, ACAPULCO Y VERACRUZ.
TRES GRANDES LUCHAS DE LOS
AÑOS 20.

MARIO GILL

© **Mario Gill**

Febrero 2012

Ésta es una publicación de la Fracción Parlamentaria del Partido de la Revolución Democrática en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal y Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Salvador Vázquez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

Nota Introductoria

Mario Gill nació en Guadalajara el 30 de agosto del año 1900. Su nombre original, que habría de abandonar con el paso de los años por el seudónimo con el que ha sido conocido, fue Carlos Manuel Velasco Gill.

Se hizo periodista en Tampico, donde residió desde niño, en la época en la que gobernaba el estado Portes Gil a la cabeza del Partido Socialista Fronterizo. Atraído por la propaganda comunista ingresó al PCM, y colaboró en El Machete, el periódico del partido que venía saliendo desde 1924.

Sus colaboraciones aumentaron en la época de ilegalidad del PCM (1929-1934), y Gill llegó a tener responsabilidades en la manufactura de El Machete ilegal. En 1936, al convertirse el periódico en LA VOZ DE MÉXICO, y ya legalizado, Mario Gill pasó a ser su jefe de redacción.

De su trabajo periodístico en estos años, hay muy pocas muestras, la casi totalidad de los artículos que escribió aparecieron sin firma, eran de tamaño reducido, y generalmente se limitaban a una brevísima y esquemática información vinculada a la denuncia y al llamado a la acción. La extensión de los periódicos partidarios, la abundancia de los temas reseñados, y la inclusión de materiales “educativos” en los espacios más largos, no permitían a Gill desplegar sus historias.

Algunos de estos trabajos anónimos pueden señalarse como salidos de la pluma de Mario Gill, en particular uno sobre la marcha del hambre de 1932 publicado en El Machete ilegal, pero al no haber podido confirmar la autoría, queda tan sólo en sugerencia.

En 1938 se vincula a Benita Galeana, con la que se casa en 1939, y a la que ayuda a darle forma definitiva a su manuscrito biográfico Benita (se puede encontrar en las librerías de viejo una edición de Extemporáneos).

En 1942 comienza a colaborar en la revista Tiempo, propiedad de Martín Luis Guzmán, haciendo pequeños reportajes para la sección nacional. Destacan entre los materiales que escribe en esa época una multitud de notas sobre la derecha y el fascismo en México. Forma con Fernando Rosenzweig, Ernesto Álvarez Nolasco y Rogelio Álvarez, el ala izquierda de la redacción, que si bien no modifica profundamente la revista sí al menos le da un tono antifascista y liberal en política nacional.

En 1944, resultado de sus investigaciones, publica su primer libro: Sinarquismo, que tiene una regular acogida, y donde, aún sin la habilidad en la escritura de montaje periodístico que lograría más tarde, ordena múltiples informaciones sobre la derecha mexicana y su ala más militante. De su trabajo durante los años 40 en Tiempo, también obtiene material para un libro posterior: La década bárbara (publicado por el autor en 1970), una investigación sobre las actividades de la quinta columna nazi en América Latina, en la que desenmascara las conexiones del espionaje alemán con la falange española y los partidos de ultraderecha mexicanos que pulularon en aquellos años como reacción al cardenismo.

En 1952, el espacio se cierra angustiosamente en la revista Tiempo, a raíz del tiroteo en Bellas Artes durante la manifestación del 1° de mayo en el que queda muerto un comunista, la revista opta por publicar un reportaje abiertamente gobiernista y censurar el trabajo de sus reporteros. La crisis

no se hace esperar, y se produce la renuncia masiva del ala izquierda de la redacción encabezada por Mario Gill.

Paradójicamente, esta situación de desempleo, le va a permitir iniciar sus mejores trabajos como periodista.

Mientras colabora en la revista Mañana para subsistir, comienza a realizar algunas investigaciones largamente aplazadas sobre temas de historia de México. Los casos del escuderismo acapulqueño, la experiencia de la huelga inquilinaria de Veracruz dirigida por Herón Proal, la historia del Partido Socialista del sureste yucateco, son algunos de los movimientos que lo apasionan.

Entrevista a Proal en Veracruz, trabaja con gran entusiasmo en la historia del escuderismo en Acapulco. Descubre nuevos temas: Heraclio Bernal, el rayo de Sinaloa; ¿qué pasó con Anenecuilco después de la muerte de Zapata?; Teresita Urrea la Santa de Cabora...

Las apasionantes historias de estos personajes se trenzan en investigaciones donde Mario pone a prueba su habilidad como periodista. Utilizando como material básico los relatos de los supervivientes, o los escasos escritos periodísticos que existen sobre el tema, va montando sus historias.

La primera aparece publicada a fines de 1952 en la revista Historia Mexicana, de El Colegio de México, lo que resulta una verdadera innovación. El reportaje se abre un espacio en una revista bastante conservadora dedicada a formas más tradicionales del ensayo histórico. Entre 1952 y 1957 publica siete reportajes históricos, con los que luego montará México en la hoguera.

A partir de este momento su producción editorial crece. En 1956 aparece una primera edición suelta del texto sobre

el escuderismo: El movimiento escuderista de Acapulco, y en 1957 su libro La conquista del Valle del Fuerte, donde realiza una minuciosa investigación que se inicia en las desgracias de la primera colonia socialista en Topolobampo y prosigue con la colonización agrícola de la zona hasta llegar a los años 40.

En 1958 salen publicados dos nuevos libros suyos: Nuestros buenos vecinos (del que existen 10 ediciones) y la antología sobre La huelga de Nueva Rosita, en la que Mario además de escribir la narración central, coordina la construcción del libro.

En 58-59, el movimiento ferrocarrilero, las luchas de telegrafistas y petroleros sacuden México, Mario había escrito regularmente sobre los problemas de los trabajadores de estos sectores en la década de los años 40 (por cierto, dejó en su archivo un libro inédito en el que recopila esta serie de reportajes), y se comprometió fuertemente en el movimiento.

El resultado de su relación con las luchas obreras de fines de los años 50, sería un nuevo libro: Los ferrocarrileros (edición de Extemporáneos). El principio de los sesenta obliga a Mario Gill a una tremenda actividad. Varios factores intervienen: la organización de una célula de periodistas por parte del PCM, la revolución cubana, el surgimiento de la agencia de noticias Prensa Latina, el nacimiento de revistas progresistas en México.

Mario ingresa en Prensa Latina y además de los trabajos rutinarios de la agencia escribe reportajes especiales sobre temas mexicanos y latinoamericanos. Expresa su adhesión a la revolución cubana en un libro que sería un clásico de aquellos años: Cuba sí, yanquis no. Participa en la revista Siglo XX, la que dirige desde su número 3 a principios de 1961 y colabora en Política.

Mediados los 60 comienza a trabajar en la agencia de noticias soviética Novosty. Cuando estalla el movimiento del 68 escribe varios editoriales apoyándolo para el periódico Opciones, mismos que le son rechazados.

La condena del PCM a la invasión de Checoslovaquia que se produce durante el movimiento estudiantil, hace que Mario se aleje del partido por sus posiciones pro-soviéticas.

El 2 de julio de 1973 muere de cáncer en la ciudad de México.

Póstumamente se edita México y la revolución de octubre (ECP, 1975) donde reúne los tres textos ya clásicos sobre los movimientos posteriores a la revolución que forman este volumen. Más allá de algunos elementos de análisis político muy al modo del leninismo del PCM en la época, que parecen minusvaluar los movimientos porque “no estaban dirigidos por el Partido”, Gill cumple sobradamente la tarea de narrar estas tres enormes epopeyas ocultas por la historia tradicional de México. Sea el lector el que lea y juzgue.

En casi 50 años de quehacer periodístico ha dejado 11 libros, la mayoría de ellos, importantes testimonios sobre las luchas sociales en la historia de México, y millares de artículos. Le dio vida y fuerza a su género: el reportaje histórico, del que ha sido maestro para futuras generaciones.

Mario Gill fue censurado, despedido, perseguido, por haber hecho de la máquina de escribir una herramienta de combate y un digno medio de vida. Rescatar sus historias es para la Brigada Para Leer en Libertad no sólo un placer, sin duda, un orgullo.

Paco Ignacio Taibo II

DF, enero 2012

FELIPE CARRILLO PUERTO

La península de Yucatán, por su alejamiento del centro político del país y la falta de comunicaciones, no participaba con el resto de los estados de la República, del proceso de transformación que se operaba en México al influjo de la revolución de 1910. Los campesinos yucatecos, los indios mayas, vivían con un retraso de siglos. Para ellos no había ocurrido una guerra de Independencia, ni la guerra de Reforma, y la Revolución Mexicana parecía ser un fenómeno extraño y lejano. Los indios no vivían como siervos sino como esclavos de los terratenientes más despiadados y reaccionarios de todo el país. El indio se cotizaba con la tierra, como cualquier semoviente.

La esclavitud del indio maya no era una simple frase para acentuar sus pésimas condiciones de vida, sino, literalmente, una realidad impuesta por una burguesía cerrada a toda influencia progresista, por la llamada “casta divina”, dueña de la riqueza de la entidad: el henequén. El libro del periodista norteamericano John Kennet Turner, *México bárbaro*, (publicado en 1908), que denunció las tremendas condiciones en que vivían los campesinos yucatecos, las anacrónicas relaciones de

Tres grandes luchas de los años 20 producción allí imperantes, contribuyó en buena parte a crear el clima nacional en contra del porfirismo.

Tal vez pensando en esos antecedentes y características de Yucatán, fue que los líderes de la Revolución Mexicana, decidieron enviar a la península a uno de los jóvenes generales sonorenses que se había significado por su energía y su radicalismo, el general Salvador Alvarado, quien después de breves aunque sangrientos combates, entró triunfante a Mérida el día 19 de marzo de 1915.

Poco antes, al triunfo del movimiento constitucionalista, don Venustiano Carranza había enviado a Yucatán al general Toribio de los Santos con el carácter de gobernador y comandante militar. La “casta divina”, que ya en otras ocasiones había planteado el problema de la segregación de la península desconociendo el Pacto Federal, organizó rápidamente un movimiento llamado “soberanista” que era, en realidad, un nuevo esfuerzo por sustraerse al proceso de transformación nacional que se había iniciado con la revolución de 1910.

El general Alvarado aplastó en Halachó esa maniobra con la que, evidentemente, los latifundistas yucatecos trataban de impedir que los revolucionarios del centro llegaran a la provincia a imponer el nuevo orden. Pensaban, tal vez, en una revolución hecha por yucatecos para yucatecos. Derrotado el intento “soberanista”, Alvarado llevó la revolución a Yucatán de acuerdo con su muy particular ideología basada en las tesis anarcomagónicas. Uno de sus primeros decretos, el 9 de diciembre de 1915, establecía que “nadie es propietario de la tierra, como nadie lo es de la luz o del aire”. Conceptos

de esa naturaleza en un medio en donde hasta esos momentos privaba la esclavitud, era algo así como el fin del mundo para la “casta divina”. Carranza derogó el decreto el 18 de enero de 1916.

Los hacendados trataban de salvar sus plantaciones henequeneras alegando que en Yucatán había tierra de sobra para los indios. El argumento se apoyaba seguramente, en una frase del Lic. Luis Cabrera que en cierta ocasión había dicho: “Yucatán no necesita tierra para los hombres, sino hombres para las tierras.” Los indios que quisieran tierra, podían ir a poblar las selvas de Quintana Roo, o a abrir nuevas extensiones al cultivo. Pero no pensaba lo mismo el general Alvarado.

El nuevo gobernador y comandante militar, con métodos revolucionarios de su propia inspiración, imponiendo préstamos forzosos a la burguesía henequenera trató de reestructurar la organización social del estado y crear nuevas relaciones de producción. Con dinero de los hacendados, fundó la Comisión Reguladora del Comercio del Henequén, bajo su dirección; creó una empresa para industrializar la fibra y emitió su propia moneda.

Naturalmente, para realizar esa labor, Alvarado necesitaba el apoyo de las grandes masas campesinas a las que se pretendía beneficiar. En México no había y menos aún en Yucatán, una tradición sindical. ¿En qué forma organizar a los campesinos? Las circunstancias condujeron a la creación de las Ligas de Resistencia, organismos que, aparte sus finalidades mutualistas, constituirían la fuerza política organizada en que se apoyarían las me-

Tres grandes luchas de los años 20 didas revolucionarias de Alvarado. En esa labor, Salvador Alvarado contó con la cooperación entusiasta de Felipe Carrillo Puerto, que ya antes se había destacado por su radicalismo y su sincera devoción a la causa del pueblo y de los indios.

Procedía Carrillo de una familia de la capa media baja; había conocido la pobreza en su propia familia, y la miseria y explotación increíbles de que eran víctimas los indios. El confrontar esa tremenda realidad: la esclavitud, la crueldad de los hacendados, el desamparo en que se hallaban los campesinos, lo llevó, por una reacción natural, humana, a las concepciones desorbitadas del anarquismo que privaban entre los jóvenes revolucionarios de la época. El hecho de dominar la lengua maya facilitó su tarea de agitación entre las masas indígenas.

Carrillo Puerto, por su simpatía personal, su entrega sincera a la causa del indio y del pueblo en general, se convirtió rápidamente en el líder incuestionable del pueblo yucateco, el segundo hombre en el estado, después de Salvador Alvarado. Cuando éste, por órdenes de Carranza, fue retirado de Yucatán el 1° de febrero de 1918, Carrillo Puerto tenía ya la fuerza suficiente para continuar la obra iniciada por Alvarado. El triunfo de la Revolución de Octubre estimuló la disposición de ánimo revolucionaria de Alvarado y Carrillo Puerto que, inspirado, seguramente en el movimiento ruso, fundaron en Yucatan el Partido Socialista al que incorporaron las masas agrupadas en las Ligas de Resistencia.

Al abandonar Alvarado el estado, Carrillo Puerto quedó como jefe indiscutible de la revolución yucateca

que era algo así como una revolución dentro de la Revolución Mexicana. Alarmado Carranza ante el giro que tomaba la situación en la península, ordenó al Jefe Militar, coronel Isaías Zamarripa, desarmar a la gente de Carrillo Puerto. Carranza necesitaba el control del estado para su planeada imposición de Ignacio Bonillas en la presidencia de la República, enfrentándose abiertamente al grupo de generales sonorenses que postulaba la candidatura del general Álvaro Obregón. Carrillo Puerto coincidía con ese grupo que todavía entonces, antes de llegar al poder, hacía ostentación de su radicalismo.

La muerte de Carranza llevó al poder al general Obregón. Carrillo Puerto volvió a contar con la simpatía del gobierno federal y la tolerancia para sus actividades. Se entabló entonces una lucha a muerte por el control del poder en la península. La casta divina puso en juego todos sus recursos, su poder económico y su capacidad de maniobra política en un medio como el de la capital de la República donde chocaban en esos momentos las diversas corrientes y tendencias en que se disgregaban los hombres de la revolución. En Yucatán se vivía una verdadera guerra civil aunque aún dentro de los marcos de la Constitución, entre las fuerzas de los hacendados esclavistas y las Ligas de Resistencia integradas en el Partido Socialista de Yucatán.

Las informaciones recibidas acerca de la Revolución de Octubre habían aclarado un poco las ideas de los revolucionarios mexicanos de mentalidad anarquista. Sin embargo, no llegaron estos a entender todavía el sen-

Tres grandes luchas de los años 20 tido profundo de la revolución socialista en Rusia. Creían ingenuamente que para implantar ese régimen bastaba con reproducir mecánicamente el esquema *bolchevique* en su aspecto formal, ignorando la realidad objetiva y el carácter democrático-burgués de la Revolución Mexicana de la que el movimiento yucateco formaba parte. Soslayaban, asimismo, la condición de Yucatán como miembro de una Federación de Estados cuya soberanía era, entonces, mucho más teórica que en la actualidad.

La lucha por el control del poder estatal entre el Partido Socialista de Carrillo Puerto y el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) en el que se habían agrupado los reformistas y conservadores, se desarrollaba en medio de la violencia que llevaba a uno y otro bando a extremos increíbles de ferocidad. Se habló, inclusive, de hechos en que el odio de clases parecía haber desbordado las fronteras humanas: se mencionó el caso de alguien que bebió en una jícara la sangre de su enemigo después de darle muerte. Tales exageraciones se difundían en la prensa y en los discursos, envenenando más los ánimos de los grupos en pugna.

Los arrebatos izquierdistas del Partido Socialista de Yucatán orillaban a la desesperación a los miembros de la “casta divina” que se apoyaban en los sectores moderados y liberales que no veían con serenidad, ni claridad, el objetivo perseguido por Carrillo Puerto. En plena campaña electoral por el poder estatal, circulaban volantes como éste:

AVISO

*A los obreros y al pueblo socialista
Se previene al pueblo proletariado (sic) que en las
próximas elecciones que se avecinan, tengan el
valor de siempre de hacer respetar sus derechos
arrasando todo cuanto se oponga a su paso para
alcanzar el poder, por la razón o la fuerza.*

Tierra y Libertad

Liga Central de Resistencia Socialista

Circulaban, asimismo, manifiestos con un contenido más profundo, como éste en el que, evidentemente, el Partido Socialista de Yucatán presentaba su plataforma de principios:

**¡TRABAJADORES!
PREPARAOS PARA LA REPÚBLICA
COMUNISTA**

Hasta hoy los trabajadores han constituido la clase oprimida en la sociedad burguesa. El capital ha gravitado sobre ellos, aumentando su caudal con el consumo de fuerzas no pagadas con injusta apropiación de una gran parte del salario. El capital se sirve del Gobierno que tiene ejércitos y policías para defender sus prerrogativas y latrocinios. Por esta razón, para recuperar el producto de tantos siglos de labor, para socializar el capital —tierras e instrumentos de producción— los trabajadores tienen que destruir previamente al defensor del capital, al gobierno burgués que es la máquina de opresión. Destruir al gobierno burgués y sustituirlo por el gobierno del proletariado, es lo que hay

que hacer de manera ineludible e imperiosa, para impedir que los detentadores capitalistas recuperen las riquezas que dejan, por la acción revolucionaria de los trabajadores, de pertenecer a unos cuantos, para ser de la sociedad y beneficiar a todos.

En los comienzos de la sociedad civilizada, cuando la igualdad económica era una realidad, el poder público era una representación de la sociedad comunista y tenía por objeto vigilar la producción y el consumo y armonizar las relaciones con las otras sociedades de hombres. Los sacerdotes, militares, nobles y ricos, alteraron luego la sencillez y equidad de esta primitiva organización social; establecieron clases sociales —opresores y oprimidos, explotados y explotadores— y cambiaron la finalidad del poder público, convirtiéndolo en garante de los privilegiados. Desde entonces, la mayoría de la humanidad viene alimentando a la minoría parasitaria.

Los esclavos de la antigüedad y los siervos de la Edad Media compusieron la clase oprimida: los obreros y campesinos de nuestros tiempos integran la misma clase. El nombre de los oprimidos ha variado lo mismo que el de los opresores, cónsules, nobles, patricios o ricos.

Los trabajadores del mundo, conscientes ya de su situación, conocedores de su historia y de los fenómenos económicos que generan la holgura y la miseria, se preparan a establecer el imperio de la equidad por medio de la dictadura del proletariado. ¡Que las industrias pertenezcan al pueblo trabajador! ¡Que la tierra se cultive en colectividad! ¡Que los obreros administren las fábricas y talleres en provecho general, son los propósitos generales del gobierno de los soviets. Para alcanzar este noble objeto de comunizar la sociedad, hay que ser bolchevique, es decir, obrero revolucionario, no demócrata, no socialista-parlamentario.

En Rusia los bolcheviques establecieron la dictadura del proletariado y los mencheviques o parlamentarios se opusieron. Triunfaron los primeros y en Rusia el pan es sólo para los que trabajan. No hay parásitos. Aprovechar la oportunidad que forzosamente nos tiene que presentar el desarrollo de los acontecimientos sociales, para organizar la sociedad sobre las bases federativas de los soviets, es la gran obra y la gran responsabilidad de los trabajadores.

Pero para ello es preciso no sólo poseer conciencia de la bondad de lo que se hace o se va a hacer; también hay que armarse porque, como dice Federico Engels, “el fusil en las manos del obrero es la mejor garantía y el mejor aseguramiento de la libertad...” El santo y seña de los bolcheviques es: “desarme de la burguesía y armamento de la clase obrera”. Es necesaria la insurrección armada para destruir a la burguesía; la violencia no puede ser destruida sino con la violencia. El poderío de la burguesía en el Ejército, dice Bujarin, vicepresidente de la Tercera Internacional de Moscú, se basa en dos principios: primero, en el cuerpo de oficiales formado por nobles retoños de la burguesía y, segundo, en la disciplina y el crimen espiritual, es decir en el manejo del alma del soldado por la burguesía. En consecuencia, obreros revolucionarios de Yucatán, ¡armaos! De lo contrario, los ideales de reivindicación tardarán mucho en realizarse.

Partido Socialista de Yucatán

En vísperas de las elecciones (noviembre de 1920) para designar diputados al congreso local, en Yucatán existía virtualmente un estado de guerra entre el Partido Socialista de Yucatán y el Partido Liberal Constitucionalista, refugio de los hacendados. Era evidente el apoyo del secretario de la Defensa, general Plutarco Elías Calles,

Tres grandes luchas de los años 20 a la fracción socialista. Había sido designado gobernador interino el senador Antonio Ancona Albertos quien, por su parte, no ocultaba su simpatía por el Partido Socialista. Diariamente se registraban choques armados con saldos de decenas de muertos en las distintas poblaciones del estado. No existen estadísticas, pero se afirma que fueron centenares los caídos en esta lucha. Tres días antes de las elecciones el general Calles ordenó distribuir armas a los miembros de las Ligas de Resistencia y concentrar las tropas federales en la ciudad de Mérida.

El triunfo del Partido Socialista fue arrollador. El mismo general Calles, en su carácter de secretario de Gobernación en el gabinete del general Obregón que acababa de asumir la presidencia de la República, legalizó la situación en Yucatán; intervino en la designación de gobernadores: el Dr. Hircano Ayuso, primero, y luego el Lic. Manuel Berzunza, quien entregó el poder a Felipe Carrillo Puerto, el 1° de febrero de 1922.

Con el apoyo del presidente Obregón y del secretario de Gobernación, Calles, Carrillo Puerto se convirtió en el caudillo indiscutible de su estado para continuar la obra de Salvador Alvarado y poner en práctica sus propias teorías, una adaptación idílica de los conceptos anarquistas y socialistas que circulaban por entonces en los medios políticos. Febrilmente se entregó a la tarea de reorganizarlo todo de acuerdo con su peculiar concepción de la nueva sociedad y a dictar leyes para el desenvolvimiento de las empresas industriales y para la protección y desarrollo moral y material del pueblo trabajador.

Desde sus oficinas en la Liga Central de Resistencia más que en el palacio de Gobierno, Carrillo Puerto regía a su manera los destinos de Yucatán, en contacto estrecho con su pueblo. De allí salió un alud de leyes que transformaron la fisonomía exterior de la entidad: Ley de Revocación del Mandato Público, Ley de Expropiación, Ley Inquilinaria, Ley de Moratoria de Pagos, Ley General de Hacienda, Ley contra el Uso de Sustancias Intoxicantes, Ley del Divorcio, Ley del Catastro, Ley para limitar el Comercio de Alcoholes, Ley para la Creación de la Universidad del Sureste, Ley para el funcionamiento de las Juntas Calificadoras de Hacienda, Ley sobre Caminos Públicos, Ley para la Creación del Museo Arqueológico e Histórico, etc. y otras muchas disposiciones novedosas en favor del pueblo.

La prensa mundial comentaba con alarma la situación de Yucatán. Muchos consideraban que el comunismo se había implantado por primera vez en territorio de América, que Yucatán era la primera república soviética del continente americano. Un periodista yanqui fue enviado por su empresa para comprobarlo. Alfredo Palacios el escritor argentino, le escribía el 2 de agosto de 1923: “Grande es la responsabilidad social e histórica asumida por ustedes al acometer la realización de los ideales socialistas, considerados utópicos por las viejas naciones europeas y aun por las democracias del Nuevo Mundo; pero más grande será la gloria de su triunfo, que se diseña ya en los progresos con tanto éxito realizados y lo augura, más que todo, el entusiasmo comunicativo y la fe inquebrantable con que prosiguen ustedes su tarea reformadora.”

“Es ése el primer estado que, en plena paz, y sin recurrir a dictaduras más o menos militares, apoyado por el sentimiento general, sin sujetarse a dogmatismos de ninguna especie, emprende tan audazmente reformas trascendentales de carácter social capaces de asegurar el bienestar de los humildes, fomentando a la vez, la prosperidad colectiva y suprimiendo prácticamente las barreras que dividen a los hombres. Por eso estimo que es grande la responsabilidad que ustedes afrontan, porque de los resultados de su acción, depende que se acelere o se retarde, en gran manera, el triunfo de nuestros ideales, en Sudamérica, especialmente”.

El periodista Hernán Robleto describía a Felipe de la siguiente manera: “La bondad de Carrillo Puerto se transparentaba en su rostro franco, amplio como su corazón. No temía a sus enemigos... cruzaba las calles de Mérida solo, vestido de blanco, calado el chambergo peculiar, sin un arma. Era un gobernador que no necesitaba ayudantes. Su humildad desechaba el lujo de los salones de palacio, para instalar el despacho en una modesta dependencia del local de la Liga Central de Resistencia (de la que seguía siendo presidente). Al día siguiente de haberlo conocido, me decía:

“—No soy el ciudadano gobernador, ni el señor Carrillo Puerto. Soy Felipe y quiero que se me tutee, compañero. Ya lo sabes, yo soy Felipe, como tú eres Hernán.”

Y Felipe Carrillo Puerto era Felipe para todo el pueblo. La barrera del respeto al funcionario había caído. Todos (con excepción de sus enemigos, los señores de la

“casta divina”) lo tuteaban, como ocurre siempre con los líderes que se identifican verdaderamente con el pueblo, como ocurre con los hombres que encarnan un ideal, que personifican una causa. El apóstol del agrarismo mexicano no fue el general Zapata para su pueblo, sino Miliano y no se le nombra todavía de otro modo cuando se le recuerda. Del mismo modo Fidel Castro es Fidel, a secas, para el pueblo cubano.

Pese a las difíciles circunstancias por las que atravesaba la Unión Soviética por esos años, se entablaron pláticas con el régimen yucateco para adquirir grandes cantidades de henequén, en previsión de un posible boicot de la fibra por parte de los industriales norteamericanos. Tal vez esa muestra de internacionalismo proletario acercó más a Carrillo Puerto a la órbita comunista. En el II Congreso del Partido, celebrado en Izamal el 20 de julio de 1921, en el que el Partido Socialista Agrario de Campeche se fusionó con el de Yucatán formando el Partido Socialista del Sureste, se presentó la ponencia: *“El Partido Socialista de Yucatán y el Agrario de Campeche, ¿deben o no adherirse a la Tercera Internacional?”*

Como era evidente la disposición en sentido afirmativo de Carrillo Puerto, Obregón y Calles, alarmados por el giro que la situación yucateca iba tomando, comisionaron a Samuel Yúdico, líder de la CROM, para que se trasladara rápidamente a Yucatán a disuadir a Felipe e impedir que se diera ese paso. Obregón y Calles se enfrentaban al mito del reconocimiento de su gobierno por parte de la Casa Blanca. Ahora, desde la altura del poder,

Tres grandes luchas de los años 20 veían las cosas de distinta manera. El Calles que había dicho alguna vez que “antes que traicionar al proletariado prefería envolverse en la bandera roja y lanzarse al abismo”, pensaba ahora en la necesidad de no alarmar al “coloso del Norte”.

La Comisión dictaminadora de la ponencia, integrada por los señores Juan Rico, Manuel Méndez Blengio y Luis Torregrosa, dictaminó sobre el tema XIV del Congreso: “El Partido Socialista del Sureste no se adhiere a la Internacional Comunista de Moscú, sino que declara, enfáticamente, estar de acuerdo con todos los movimientos encaminados a la transformación social del Universo”.

No puede considerarse al Partido Socialista del Sureste como un partido marxista-leninista. Desde un principio prevalecieron en él profundas confusiones que le impidieron librarse del oportunismo que lo identificó frecuentemente con la burguesía en el poder. Cuando Felipe Carrillo Puerto llegó al gobierno en Yucatán, se creyó que el proletariado había tomado el poder. En realidad, la firme situación de Carrillo Puerto obedecía al interés del grupo sonoreense en el poder, particularmente al del general Calles, empeñado en dar a Felipe una personalidad de perfiles nacionales porque, entre sus planes, estaba el de hacer del líder yucateco el jefe de su campaña política cuando se postulara para suceder a Obregón, designarlo luego su secretario de Gobernación y, finalmente, su sucesor en el palacio nacional.

Al plantearse el problema de la sucesión presidencial, la “familia revolucionaria” se dividió. Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda y Crédito Público, vio-

ló su promesa hecha al general Calles de no aceptar su postulación y, arrastrado por su ambición y la de sus partidarios, se lanzó a la insurrección armada. El Comandante Militar en Mérida, Gral. Juan Ricárdez Broca, secundó el movimiento. Carrillo Puerto pudo escapar, pero cuando a bordo de una pequeña embarcación trató de dirigirse a Cuba, un ciclón en el Caribe lo arrojó a las playas yucatecas donde fue aprehendido y conducido a Mérida, en unión de sus hermanos Benjamín, Edesio y Wilfrido, así como de nueve personas más que lo acompañaron en la fuga.

Mérida asistió entonces a un espectáculo más doloroso que el derrumbamiento de la utopía: al espectáculo del tráfico con vidas humanas.

El Prof. Edmundo Bolio Ontiveros, en su libro (*De la cuna al paredón, anecdotario de la vida, muerte y gloria de Felipe Carrillo Puerto*) sobre Carrillo Puerto, transcribe la declaración de uno de los testigos de aquel suceso. Dice textualmente:

“Yo acompañé a un abogado que privaba en aquellos momentos, hasta la celda que ocupaba Felipe Carrillo en la penitenciaría de Mérida. Allí Carrillo solicitó sus servicios profesionales para que gestionara su libertad, manifestándole que estaba dispuesto a dar cien mil pesos por ella, siempre que se le permitiera salir antes a conseguirlos.”

“El abogado le contestó que transmitiría su proposición, pero que no daría ningún paso en ese sentido si no le garantizaba de antemano el pago de sus honorarios. Entonces Carrillo le dijo que estaba dispuesto a cubrir esos honorarios con un giro contra un banco

Tres grandes luchas de los años 20 norteamericano, habiéndolo extendido inmediatamente. Acto continuo el abogado al que acompañé, se dirigió al palacio de gobierno y se apalabró con el general Juan Ricárdez Broca a quien, delante de todas las personas que estaban presentes, le repitió la proposición hecha por Carrillo Puerto, a lo que Ricárdez Broca contestó que aceptaba, siempre que se le entregaran los dineros en el mismo momento de firmar la orden de libertad. Agregó que los cien mil pesos eran únicamente por Felipe, y que si los demás detenidos querían también recobrar su libertad, deberían pagar diez mil pesos cada uno.”

“Entonces el licenciado al que me vengo refiriendo, volvió a ver a Carrillo para comunicarle que su proposición era aceptada pero en las condiciones que imponía Ricárdez Broca. El prisionero contestó que ya que se dudaba de su palabra, él también estaba en el derecho de dudar de la de los demás, y que en esa virtud entregaría la suma propuesta en los momentos en que fuera a pisar la escalerilla del vapor, ya que hasta allí sería su prisionero.”

“Regresó con Ricárdez Broca el abogado que hacía las gestiones. El militar se negó a aceptar la proposición de Carrillo Puerto, diciendo que aceptaba sólo que la cantidad le fuera entregada al trasponer Carrillo las puertas de la penitenciaría, quedando ya en absoluta libertad de tomar el camino que más le conviniera. Habiendo aceptado esto Carrillo Puerto, al volverse a entrevistar el abogado gestor con Ricárdez Broca, éste le dijo que ya había llegado tarde, pues se le habían adelantado los señores que en ese momento se hallaban presentes,

Mario Gill

quienes le habían dado ya doble cantidad que la ofrecida por Carrillo Puerto, para que éste fuera fusilado.”

“Entonces mi amigo el abogado, mirando de hito en hito al grupo e interrogándolo con la mirada escuchó lo siguiente de uno de ellos: Sí señor, nosotros, los hacendados, hemos reunido ese dinero para suprimir a Carrillo Puerto. Le hacemos saber a usted, señor licenciado, que no va a burlar nuestras gestiones encaminadas a ese fin, pues ya recibió el general Hermenegildo Rodríguez la cantidad de cincuenta mil pesos para que lleve a cabo la ejecución.”

“En estas circunstancias el licenciado, mi camarada, al salir del palacio de gobierno, viéndose en inminente peligro de perder la cantidad que por concepto de honorarios cobraba, me dijo que inmediatamente partía para los Estados Unidos a cobrar el giro que le había dado Carrillo, pues había trabajado con toda lealtad en el asunto, aun cuando no hubiera sido con buen éxito, y que necesitaba llegar antes de que la muerte de Carrillo Puerto se supiera, pues de otro modo no podría ya hacerlo efectivo. Me advirtió que debería guardar completa reserva sobre esto y que por ello me daría parte de la suma que iba a cobrar, cosa que nunca recibí y en cambio no puedo volver a Yucatán debido a que aquellos hacendados saben que yo conozco cómo y por qué ejecutaron a Carrillo Puerto y temo que me manden eliminar a mí también”.

Dichas declaraciones, afirma Edmundo Bolio en su libro, fueron comprobadas posteriormente a través de va-

Tres grandes luchas de los años 20 rias personas, llegando a la conclusión de que son rigurosamente verídicas.

Ese episodio revela la calidad moral de los hacendados de la “casta divina” y del traidor Ricárdez Broca que pusieron fin a la utopía yucateca. Terminaron en la península los *jueves agrarios*, y los *lunes rojos*, y los bautizos socialistas que había implantado el líder en vez de los *bautizos católicos*. Esta ceremonia consistía en la presentación del niño, completamente desnudo, sobre el cual se dejaba caer una lluvia de pétalos rojos; el oficiante pronunciaba un breve discurso y al final de la ceremonia todos cantaban *La Internacional*, *La Marsellesa*, *Los Hijos del Pueblo*, o algún otro himno revolucionario.

Felipe Carrillo Puerto fue fusilado la madrugada del 3 de enero de 1924 en el cementerio general de la ciudad de Mérida, en unión de sus hermanos Benjamín, Edesio y Wilfrido, y nueve personas más. Murió con entereza y virilidad. Sus últimas palabras fueron para asumir toda la responsabilidad y exculpar de ella a sus acompañantes, en un vano intento de salvarles la vida.

Su muerte causó una profunda conmoción dentro y fuera del país. Pese a lo incongruente del movimiento por él encabezado, se reconocía, sin embargo, la buena intención que inspiró sus actos y sus reformas; nadie puso nunca en duda su noble propósito de mejorar la situación de los indios y los campesinos yucatecos.

JUAN R. ESCUDERO

Un movimiento simultáneo al de Yucatán, paralelo en el tiempo y en su contenido social, fue el que encabezó en el puerto de Acapulco Juan R. Escudero, otro de esos jóvenes revolucionarios de la pequeña burguesía que habían pasado por las aulas de la Casa del Obrero Mundial. Escudero, como todos los mexicanos que esperaban ver surgir de la revolución de 1910 un México nuevo, libre de dictadores y de explotadores, había abrevado su filosofía política en las páginas de *Regeneración*, el periódico de Ricardo Flores Magón, a quien había conocido y tratado durante su estancia en los Estados Unidos.

Aun cuando era miembro de una familia acomodada de Acapulco, Escudero se ligó estrechamente al pueblo, a los trabajadores del mar. Él mismo trabajaba en su lancha *La Adelina* haciendo excursiones turísticas a La Roqueta. Su contacto con los hombres del mar, que ganaban salarios de un peso por jornadas de 13 y 14 horas cargando bultos en los muelles, le señaló el camino de la organización de los trabajadores para defender sus derechos. La Liga de Trabajadores a Bordo de los Barcos, fundada por Juan R. Escudero, puso los cimientos

Tres grandes luchas de los años 20 de la poderosa organización de estibadores que agrupa actualmente a los trabajadores del mar en Acapulco.

Antes de que el turismo extranjero lo desnaturalizara, Acapulco era uno de esos puertecillos de pescadores escondido entre los acantilados del Pacífico. Los viejos residentes recuerdan aquella era —la anterior al turismo— como la edad feliz de Acapulco, a pesar de todo. Entonces no había palacios, ni grandes y modernos hoteles, ni carreteras escénicas, pero cada habitante podía escoger en los cerros, frente a la bahía, el terreno que le gustase para construir allí su casa. Bastaba con dar aviso al ayuntamiento de que se iba a ocupar aquel terreno para que un empleado se presentase a dar posesión oficial y tomar nota de las dimensiones y límites del predio. El nuevo propietario correspondía con un donativo voluntario de \$10 o \$5 pesos para ayuda de los gastos de la administración municipal. El recibo correspondiente equivalía a un título de propiedad indiscutible. Años más tarde, cuando surgieron las compañías fraccionadoras, esos recibos salvaron a sus propietarios —gracias a la intervención del presidente Cárdenas— de la expropiación acordada por la Junta Federal de Mejoras Materiales.

En aquellos dichosos días no había en las playas hermosas bañistas rubias, con bikinis; no había reseñas cinematográficas, pero a las playas del puerto arribaban enormes cardúmenes de ojotones que proveían de alimento gratis a la población. Cuando no había arribazón, los sabrosos ojotones se podían conseguir en el mercado a razón de cinco centavos la docena... La existencia de los habitantes del puerto transcurría entonces tranquila

Mario Gill

y soñadora. Acapulco era, simplemente, un bello y escondido rincón de México pobre y olvidado pero, por lo menos, era todavía... ¡de México!

Lo era y no lo era. Lo era por su espíritu, ¡Error! por sus costumbres, pero económica y políticamente no era de los acapulquenses, sino de los españoles. Aun cuando el puerto libró grandes batallas por la Independencia y supo de las glorias de Morelos, y fueron las montañas del Sur baluarte donde el insurgente que dio su nombre al estado sostuvo la bandera de la libertad cuando la causa nacional parecía perdida; aun cuando en Guerrero se firmó el pacto de consumación de la Independencia, Acapulco siguió viviendo, de hecho, bajo la dominación española.

Con paciencia y astucia, aprovechando la inercia de tres siglos de dominación colonial, la incomunicación del puerto con el centro político del país, la indolencia y miseria de los nativos, los españoles se fueron apoderando poco a poco de toda la riqueza de la región y de las actividades productivas. A través de los años, tres casas españolas habían llegado a controlar, en forma absoluta, la economía de ambas costas —Costa Chica y Costa Grande— donde se localiza la riqueza de Guerrero. Al iniciarse la segunda década del presente siglo, el dominio de los gachupines había llegado a ser completo, o más que al iniciarse la guerra de Independencia en 1810.

El triunvirato español —las casas Fernández, Uruñuela y Alzuyeta— completaban su dominio con el poder político que controlaban mediante testaferros

Tres grandes luchas de los años 20 mexicanos, autoridades peleles que ellos, con su poder económico, podían imponer. A su influencia corruptora no escapaban las autoridades federales: jueces, administradores de Aduana, celadores, jefes de la guarnición de la plaza, etc. Para someter a quienes se rebelaron contra los gachupines, había la leva y otros recursos más “enérgicos”. Finalmente como manifestación absoluta del dominio español en Acapulco, todavía en las dos primeras décadas del presente siglo, el cuerpo de policía del puerto era pagado por los gachupines. La fuerza local de seguridad dependía de las tres casas españolas.

Al producirse el cuartelazo de Victoriano Huerta, Escudero, el joven agitador revolucionario, fue expulsado de Acapulco. Aprovechó su destierro para conocer la situación de otras regiones del país. Estuvo en contacto con los líderes de la Casa del Obrero Mundial, y conoció a los que más tarde encabezarían el movimiento inquilinario de Veracruz. Aun cuando no existen pruebas de ello, es seguro que conoció y trató a Felipe Carrillo Puerto, otro de los egresados de la Casa del Obrero Mundial.

Al triunfo de la Revolución Mexicana, proclamada ya la Constitución de 1917, regresó a Acapulco resuelto a continuar la obra que había dejado inconclusa. En agosto de 1919 se hallaba en plena actividad. La Revolución Mexicana se había consolidado y en la lejana Rusia había surgido un nuevo tipo de organización social: el gobierno de la clase obrera, el poder soviético. No conocía Escudero el marxismo, pero su instinto le decía que el camino marcado por Lenin era el de todos los pueblos oprimidos

y que el futuro del mundo debía ser modelado por los trabajadores. Ahora sabía cual era el camino a seguir.

Se inició entonces en Acapulco la lucha a fondo contra el dominio de los gachupines. En los cines, en las plazas públicas, en los mercados, el hijo de un español, don Francisco Escudero y Espronceda, llamaba al pueblo a organizarse para acabar con el dominio de los gachupines. Su voz era como un eco del grito de Dolores. Había transcurrido más de un siglo, pero al puerto de Acapulco no había llegado la Independencia. Naturalmente los españoles no se cruzaron de brazos. Lanzaron contra el flamante movimiento las fuerzas de que disponían y la sangre corrió abundante por las calles de Acapulco.

Pero nunca la sangre ha neutralizado un movimiento popular. La lucha creció en extensión y profundidad y agigantó la figura del joven revolucionario quien nunca olvidaba, en sus discursos, hacer referencia a la Revolución de Octubre, al nacimiento de un nuevo orden social. Juan R. Escudero, el “Lenin de Guerrero” como se le llamaba, se había convertido en el líder de Acapulco, querido y respetado por el pueblo; odiado y temido por los gachupines. Escudero había logrado despertar la conciencia popular. El siguiente paso era la organización del pueblo y surgió así el Partido Obrero de Acapulco que postulaba, modestamente, dos demandas concretas: 1) autoridades democráticamente designadas por el pueblo y 2) la jornada de 8 horas establecida por la Constitución.

El primer presidente del Partido Obrero fue don Santiago Solano, pero el alma de la organización seguía

Tres grandes luchas de los años 20 siendo Escudero. El partido tomó el acuerdo de editar un periódico y surgió así *Regeneración* (como un acto de fidelidad al maestro Flores Magón) que Juan Escudero redactaba íntegramente. Reforzado con ese instrumento, la fuerza del Partido Obrero se acrecentó. Durante el acto con que se conmemoró el 1° de mayo, en 1920, Juan Escudero planteó la necesidad de que el partido pasase a la lucha por el control político. Juan fue postulado como candidato a la presidencia municipal y en las elecciones su triunfo fue arrollador. El 1° de enero de 1921 el Partido Obrero instalaba sus autoridades en el palacio municipal.

De hecho, el ayuntamiento no existía en Acapulco. La autoridad municipal hasta entonces había sido un simple instrumento más de dominio en manos del triunvirato español y la policía era sólo un cuerpo de guardias blancas al servicio de los españoles. Juan tuvo que empezar a crearlo todo, a organizar los servicios municipales, a impartir justicia salomónica empezando por su propia casa. El Partido Obrero crecía y se fortalecía. Hombres y mujeres ingresaban, militando por primera vez en su vida en una organización de masas y pagaban puntualmente sus cuotas —25 centavos a la semana— con lo que el partido se sostenía en forma independiente.

Los gachupines temblaban de ira y de miedo ante el avance de la revolución escuderista. Los españoles se apoyaban en su dinero y en ciertos funcionarios federales, pero el escuderismo iba ganando terreno poco a poco. Era una lucha a muerte. Escudero vivía con un am-

paro en la bolsa, pero no obstante, sus visitas a la cárcel (el fuerte de San Diego) eran muy frecuentes, aunque su estancia allí no duraba mucho tiempo gracias a la presión del pueblo. Las amenazas, la persecución, los encarcelamientos no quebrantaban al líder que tenía temple *bolchevique*: mientras más dura era la lucha, mayor era también su entusiasmo para el combate.

Acapulco vivía en estado de guerra. Los regidores escuderistas acudían al desempeño de sus funciones con una pistola al cinto y un rifle 30-30 en las manos. La señorita Anita Bello, la secretaria del ayuntamiento, escuderista de hueso colorado, desempeñaba sus funciones sin separarse de su revólver. Los gachupines, por su parte, habían empleado a fondo sus armas —el dinero, la intriga— y logrado el apoyo del mayor Juan S. Flores, jefe de la guarnición de la plaza. Su decisión era terminar con aquella situación a sangre y fuego.

El 11 de marzo de 1922, mientras la comuna se hallaba reunida, el palacio municipal fue cercado por tropas federales al mando del mayor Flores. De acuerdo con el plan, desde el edificio del Resguardo Marítimo se hizo fuego sobre los federales quienes, fingiéndose agredidos, se lanzaron al ataque contra el palacio municipal. Escudero, con siete policías mal armados, hizo frente a los agresores. A las tres de la mañana la puerta del edificio fue forzada. Escudero, mal herido, se hallaba en su cuarto atendido por su esposa, cuando fue localizado por el mayor Flores:

—¿Todavía no te mueres, hijo de perra? Ahora voy a darte el tiro de gracia —dijo el militar.

Se acercó hasta donde estaba el herido, inconsciente, y le disparó a quemarropa: a la frente afloró la masa encefálica. Josefina Añorve, la esposa, se arrojó sobre el asesino para impedir que éste siguiera disparando.

Escudero fue llevado al hospital. Gracias a su vigorosa constitución logró salvarse, pero quedó semiparalizado del lado izquierdo y perdió el brazo derecho. Pero Juan estaba vivo, por lo tanto la lucha no había terminado. En su casa estableció su cuartel general: habían mutilado al hombre, pero no a los principios, afirmaba Juan R. Escudero.

Pese a todo, la lucha continuó con más bríos. En las elecciones Juan fue designado nuevamente presidente municipal, cargo que atendía a través de su ayudante Cirilo Lobato. Postulado candidato a diputado ganó la elección, pero debido a su estado desempeñaba sus funciones el suplente, don Santiago Solano.

Escudero tenía una personalidad magnética, de líder natural. Corpulento, —1.80 m— musculoso; la tez blanca, amarillenta a causa del paludismo costeño, pelo negro, mostacho enhiesto según la moda. Lo más impresionante en él era su mirada penetrante, luminosa, reveladora de su extraordinaria energía. Inteligencia brillante, valor personal y civil a toda prueba; honestidad, firmeza de principios, profunda devoción al pueblo. Era uno de esos caudillos de provincia, puros y románticos, que surgen de vez en cuando.

Desde su sillón de inválido dirigía la lucha, más enconada que nunca. Juan no podía ya participar en

los actos populares, en las manifestaciones callejeras, pero su nombre era un símbolo vivo, dinámico. Bastaba una palabra suya para poner en pie de lucha a miles de hombres y mujeres. Juan había comprendido que para acabar con el control de los gachupines sobre la región, lo primero era romper el aislamiento de Acapulco, así es que logró del presidente Obregón que se iniciara la construcción de la carretera a México. Eso era el fin del dominio español.

El 6 de diciembre de 1923 las fuerzas federales en Acapulco, al mando del coronel Crispín Sámano y del mayor Flores, secundaron la sublevación delahuertista. Por un lado el pueblo con Escudero y Obregón, sin más armas que su voluntad y su fe en el dirigente; por el otro un puñado de soldados, bien armados, que temerosos de provocar la furia de las masas no se atrevían a tocar al inválido.

Ese hombre semiparalizado, clavado a una silla de ruedas, tuvo a raya a las fuerzas delahuertistas durante una semana. El pueblo hacía guardia en la plaza, frente a la casa de Juan, aguardando órdenes para lanzarse sobre el cuartel de Sámano. En esa plazuela —la “plaza roja” de Acapulco— se ganó la más extraña victoria de nuestras guerras intestinas; una victoria incruenta, en la que no se disparó un solo tiro; una batalla en la que los corazones vencieron a las armas, porque fue una victoria el hecho de que los delahuertistas no se hubiesen atrevido a atacar el reducto escuderista. Pero como siempre en los casos en que la burguesía se siente incapaz de enfrentarse cara a cara al pueblo, en Aca-

Tres grandes luchas de los años 20 pulco recurrió a la maniobra, a la traición, a la astucia. En este caso su aliado fue el cura: la religión al servicio del capitalismo, para someter al pueblo.

Para rescatar a su líder había llegado al puerto, desde Atoyac, una brigada de campesinos armados, al mando de Feliciano Radilla, los cuales, con el concurso del pueblo, hubieran podido aplastar a los delahuertistas. Pero la burguesía había puesto en juego su arma secreta: la religión. Usando a la señora Irene Reguera, madre de los Escudero, profundamente religiosa, el cura Florentino Díaz inició su campaña de ablandamiento, insistiendo en que los Escudero se entregaran sin combatir, asegurando que les sería respetada la vida. La señora corría de la iglesia al cuartel y del cuartel a su casa, tratando de convencer a sus hijos Juan, Francisco y Felipe, de que se entregaran. La señora imploraba, rogaba, ordenaba: el inválido resistía la ofensiva maternal, pese al profundo respeto y cariño que profesaba a su madre. Por su parte los campesinos de Atoyac, presionaban, demandando la autorización del Jefe para lanzarse al ataque.

Juan decidió luchar. “Entregó a un chamaco, Alejandro Gómez Maganda, un recado con la orden de iniciar la lucha. Doña Irene impidió la salida del mensajero. Juan decidido, ordenó prepararlo todo para salir esa noche y ponerse al frente de sus hombres. Cuando todo estaba dispuesto para la partida, la madre, seguramente aconsejada por el cura, decidió jugar su última carta, la carta del amor filial: se plantó frente a sus hijos y les dijo, dramáticamente:

—Si ustedes se van les juro, por esta cruz, que me arrojaré de cabeza al pozo.

Doña Irene era una mujer alta, delgada, de facciones severas. Aquella figura amada y temida a la vez, erguida frente a él con gesto imperioso y lanzando con patetismo teatral su amenaza, impresionó al inválido. Juan conocía a su madre, de la que había heredado su energía e intrepidez; sabía que aquella amenaza no era un juramento en vano:

—Váyanse ustedes— ordenó a los de Atoyac. Y dirigiéndose a su madre que permanecía inmóvil en la puerta:

—Madre, nos van a matar, pero te haremos el gusto; nos quedaremos.

El Partido Obrero de Acapulco no era un partido marxista, ni siquiera estaba estructurado como un verdadero partido. Juan era un caudillo popular y el pueblo le expresaba su cariño y respeto entregándole su confianza absoluta, dejándole a él solo las decisiones. Era el jefe indiscutible al que todo el mundo llamaba por su nombre y tuteaba como a un hermano, como tutea el pueblo a sus caudillos más queridos.

Al conocerse la decisión de Escudero, se presentaron los jefes federales a detenerlo. Juan se negaba a entregarse:

—¿Donde están, madre, las garantías que te ofrecieron? —preguntaba.

La señora llamó al cura para que le ayudara a convencer al inválido, pero Juan se negó a recibir al agente de

Tres grandes luchas de los años 20 la traición. Los soldados forzaron la puerta a culatazos y detuvieron a los hermanos Escudero para conducirlos, amarrados, al fuerte de San Diego. El pueblo proponía asaltar la fortaleza para liberar a sus líderes, pero la señora se oponía:

—¡Que nadie se mueva —ordenaba—, porque matan a mis hijos!

Del 15 al 21 de diciembre los hermanos Juan, Francisco y Felipe Escudero estuvieron presos en San Diego. ¿Por qué no se les asesinó enseguida? Porque los militares estuvieron gestionando su venta a los españoles. Se reprodujo exactamente la subasta criminal de Mérida con los Carrilo Puerto. En Acapulco se abrió una colecta entre los gachupines; se reunieron \$30 000. Concertada la operación de compraventa, el coronel Sámano y el mayor Flores entregaron los prisioneros en la madrugada del día 21 de diciembre de 1923, a un jefe de gavilla de asesinos, Rosalío Radilla. En un camión facilitado por uno de los españoles, se les condujo a un lugar cercano al puerto, El Aguacatillo, en donde fueron acribillados en forma salvaje. Felipe tenía 14 impactos de bala, Juan presentaba siete en el pecho y, además, el tiro de gracia, el segundo que había recibido en su vida.

Francisco y Felipe yacían muertos. Juan quedó con vida, revolcándose en la tierra, al rayo del sol, sin que nadie se atreviera a auxiliarlo. No fue sino hasta las 4 de la tarde que un grupo de mujeres de Acapulco fue a recogerlo. En el camino expiró, en los brazos de doña Carmen Galeana. Había sobrevivido 12 horas con siete

Mario Gill
balazos en el cuerpo, más el tiro de gracia. Hasta el último momento conservó su lucidez que aprovechó para hacer recomendaciones a sus amigos y partidarios:

—Que mi sangre no sea estéril; sigan adelante
—fueron sus últimas palabras.

HERÓN PROAL

Aunque con características un poco diferentes, el movimiento revolucionario que sacudió a Veracruz simultáneamente con los de Yucatán y Guerrero, tuvo, sin embargo, un origen común: el proceso de radicalización de las masas operado en México como consecuencia de los grandes sacudimientos revolucionarios registrados en la segunda década de la presente centuria: la Revolución Mexicana y la gran Revolución de Octubre. Los sucesos de Mérida, Acapulco y Veracruz, integran la dramática trilogía con que culminó, en nuestro país, la serie de secuencias políticas producidas por esos dos grandes acontecimientos históricos.

El paralelismo ideológico y cronológico de esos tres movimientos se explica porque los tres tuvieron las mismas raíces, los tres fueron producto de los mismos factores y los mismos anhelos de transformación de la sociedad ante el panorama que se abría al hombre con la aparición, en la Rusia zarista, de un nuevo orden social, el orden socialista. Los líderes de esos tres movimientos revolucionarios coincidían en su desorientación político-filosófica de lo que, por otra parte, no se les puede cul-

Tres grandes luchas de los años 20 par. La filosofía imperante en esa época se resumía en estos tres nombres: Proudhon, Bakunin y Kropotkin.

El proceso de radicalización en Veracruz se inició con la llegada al gobierno de ese estado del coronel Adalberto Tejeda, uno de los más avanzados entre los elementos que formaban el grupo que reconocía como jefe y maestro al general Plutarco Elías Calles. Al hacerse cargo del gobierno de Veracruz el 1° de diciembre de 1920, se reveló como un exaltado anticlerical, actitud típica de la pequeña burguesía liberal. Tejeda se rodeó de elementos de esa misma filiación y de los jóvenes veracruzanos que seguían la corriente anarco-sindicalista en boga por entonces.

Si por una parte el movimiento de Veracruz aparece como el menos congruente con la realidad frente a los de Mérida y Acapulco, también es verdad que de los tres fue el único que tuvo cierta trascendencia nacional y que se proyectó luego a campos distintos a aquél en que tuvo su origen. Esta peculiaridad se originó, evidentemente, en el hecho de que en el movimiento de Veracruz participaron ya, aunque en forma insegura y sin una orientación firme algunos miembros del flamante Partido Comunista Mexicano recién constituido en la capital de la República. Esta circunstancia no se presentó en caso de Mérida y Acapulco.

A principios de enero de 1922 el PCM celebró su primer congreso ordinario al que fueron invitados algunos delegados fraternales de grupos revolucionarios estatales; entre ellos asistió, por el puerto de Veracruz, el agitador Herón Proal, anarquista, líder de un movi-

Mario Gill

miento inquilinario surgido en aquel puerto. De los informes de los delegados al congreso se pudo deducir que el problema inquilinario era el más agudo en todas partes. El PCM acordó apoyar esos movimientos aun cuando, por lo general, estaban dirigidos por elementos surgidos de la Casa del Obrero Mundial. En el caso de Veracruz, pese a que Herón Proal se negó a ingresar al Partido, éste decidió apoyarlo en atención al gran ascendiente que el líder tenía en el pueblo jarocho.

El problema de la vivienda en Veracruz se había agravado como consecuencia de la concentración demográfica que originó la instalación, en el puerto, del gobierno constitucionalista encabezado por don Venustiano Carranza. Contribuía a dicha concentración, la falta de garantías en el campo a causa de la guerra de facciones. Además, debido a esto último, muchos de los ricos casatenientes veracruzanos habían ido a instalarse en Europa, rematando a voraces gachupines, la administración de sus inmuebles. Aprovechando la coyuntura de la demanda los administradores elevaron los arrendamientos y dividieron con tabiques de madera las viejas construcciones y de una hicieron dos y luego cuatro, multiplicando en la misma proporción sus ganancias. Las habitaciones así formadas, carecían de servicios sanitarios, de luz y de aire. Los techos y las paredes eran criaderos de alimañas; las arañas ponzoñosas, los alacranes y las salamanquesas y hasta los cangrejos de mar, eran como elementos decorativos en toda vivienda.

Los administradores, coludidos con los jueces y actuarios de los juzgados, desahuciaban sin piedad a

Tres grandes luchas de los años 20 las familias que se retrasaban en los pagos de la renta. Herón Proal había sido uno de los desahuciados. La situación en el puerto era positivamente angustiosa para miles de familias y nada era posible hacer dentro de los marcos jurídicos vigentes. Sólo había una salida: la lucha revolucionaria. Y fue Proal quien la encabezó.

A su regreso a Veracruz, después de participar en el congreso del PCM, se encontró con que el presidente municipal, Rafael García, *El Negro* García, un ex alijador del puerto a quien Tejeda había elevado a la categoría de alcalde de la ciudad, había convocado en la Biblioteca del Pueblo a una reunión para resolver el problema de la vivienda. Herón Proal, apoyado por los comunistas, denunció la reunión como una maniobra del gobierno para controlar y frenar la lucha del pueblo por una Ley Inquilinaria. Al mismo tiempo Proal invitó a los reunidos, más de 3,000 personas, a un mitin, al día siguiente en el parque Juárez.

A partir de ese mitin en que Proal fue consagrado como líder indiscutible del movimiento, se inició en Veracruz una campaña de agitación sin precedente en la historia de las luchas sociales en México. Decenas de mítines se celebraban diariamente en todos los rumbos de la ciudad y por la noche, en el parque Juárez, cuartel general de la lucha inquilinaria, Proal encendía los ánimos con su oratoria populachera. Luego se formaba una gran columna que recorría las principales calles del centro: al frente, grupos de niños y niñas, con trajes rojos; luego las mujeres, con grandes banderas rojas y enseguida los hombres con enormes retratos de

Lenin, Trotsky y Bakunin. La enorme columna de miles de personas desfilaba entonando *La Internacional*, *La Marsellesa* y *Los Hijos del Pueblo*.

Un poeta del pueblo, anónimo, adaptó letra a la música de la Marcha Real Española. El nuevo himno que cantaba todo el pueblo, decía: “Abandonemos, obreros / las fábricas y minas, / campos y talleres / y la navegación. Abandonemos el trabajo / que enriquece a los vagos, / y hagamos los esclavos / la revolución. Los abogados, doctores / los curas y los jueces, / papas y burgueses / de la religión, terminarán sus días / de infames leguleyos / y cortará sus cuellos / la revolución...”

El primer caso de resistencia colectiva al pago de la renta se produjo espontáneamente, sin esperar la consigna del líder, en el patio El Salvador, del barrio de La Huaca, donde se hallaba instalada la llamada “zona de fuego”, la zona de tolerancia. Además de su negativa a pagar la renta, las prostitutas anunciaron su decisión de hacer una gran hoguera con sus “instrumentos de trabajo” —los colchones—, por los que también pagaban altos arrendamientos a los gachupines. Proal las disuadió, pero dio la consigna de huelga general. La ciudad se cubrió de banderas rojas y en las puertas de las casas apareció un pequeño cartel: “¡Estoy en huelga; no pago renta!”

Herón Proal, líder del sindicato recientemente organizado Sindicato de Inquilinos y del Comité de Huelga, ordenó rendir un homenaje a las mujeres del patio El Salvador y declararlas heroínas del movimiento.

Tres grandes luchas de los años 20
“El Sindicato —dijo HP— les abre los brazos y les llama con todo cariño queridas hermanas...” En ese acto homenaje se acordó que las mujeres galantes se dirigieran al presidente Obregón pidiendo su intervención. Obregón contestó que ya giraba órdenes para que se aprehendiera a los explotadores.

El 18 de marzo de 1922 el Sindicato envió a los administradores de fincas el pliego de peticiones: 1) Reconocimiento del Sindicato de Inquilinos, 2) anulación de los contratos firmados individualmente y contratación colectiva con el Sindicato, 3) renta equivalente al 2% anual sobre el valor catastral (de acuerdo con esta cláusula, una vivienda de dos piezas, con valor catastral manifestado de \$ 1 000, pagaría un alquiler de \$20 al año, o sea, un centavo y medio al día por pieza), 4) higienización de los patios por cuenta de los propietarios o administradores.

El 22 de marzo Proal fue encarcelado. El pueblo se amotinó y lo arrancó de la prisión. Montado en un caballo y rodeado por multitud delirante de triunfo y seguridad en la fuerza de las masas, recorrió la ciudad. El líder, que se había dejado crecer el pelo y la barba, era una extraña mezcla de terrorista ruso y de mesías nazareno. En cierta forma tenía algo de Rasputín, El Monje Negro: su honda raíz popular, su extraño magnetismo, sus arrebatos de violencia y de ternura, su audacia y ese aire mesiánico que logró imprimir a su personalidad. En sus prédicas, anunciaba el advenimiento de un mundo sin amos, sin explotadores, en el que la propiedad sería un robo, en el que no habría gobierno, ni leyes, ni poli-

cía, ni actuarios de juzgado expertos en lanzamientos; un mundo en el que reinaría la igualdad, la fraternidad y... el amor libre.

Aquella demagogia anarquista nunca antes escuchada, adquiriría proporciones de verdades proféticas para ciertos grupos carentes de preparación política aunque no precisamente de imaginación. Si se considera, además, que quien ofrecía aquel “paraíso” en la Tierra era un hombre de aspecto bíblico, que predicaba el amor y la violencia al mismo tiempo mientras, al hacerlo, miraba fijamente a la multitud con su ojo de vidrio del que, con las luces, partían destellos de fuego y, en el otro, su único ojo vivo, había ternura humana, es fácil explicarse la atracción que su personalidad ejercía sobre aquella multitud sobre excitada.

Herón Proal era un hombre ignorante. Hizo su primaria en Tulancingo, Hidalgo, de donde era originario y luego aprendió el oficio de sastre. “Estudié para sastre —ironizaba a costa suya— y salí un desastre”. Practicó el comercio en pequeña escala y luego se embarcó en el buque-escuela *Yucatán*, en el que navegó durante 8 años. Finalmente se casó y abrió su sastrería en el puerto de Veracruz.

Proal participó en todas las luchas obreras habidas en el puerto y conoció todas las cárceles: Belén, Santiago Tlatelolco, San Juan de Ulúa, etc. Su ignorancia política era universal. No conocía ni los textos anarquistas, era algo así como un “anarquista anárquico” que afirmaba: “Yo fui comunista antes que Lenin”. Los triunfos y halagos lo habían trastornado. Es posible que

Tres grandes luchas de los años 20 él mismo llegara a creer en su calidad de ungido. En esas condiciones no fue raro que surgieran dificultades con los miembros de la Local Comunista que trataba de controlar sus extravagancias.

Estas dificultades hicieron crisis cuando José Olmos, apoyado por la Local Comunista, publicó un manifiesto el 1° de julio de 1922 denunciando los malos manejos de Proal y exigiendo cuentas de los fondos que ingresaban al Sindicato de Inquilinos. Proal se negaba argumentando: "Siendo revolucionario el sindicato no deben rendirse cuentas; el dinero se maneja revolucionariamente". En plena euforia de triunfo, se apoderó de algunos predios baldíos y anunció que fundaría allí su Colonia Comunista, su propia utopía en donde implantaría el proalismo.

El manifiesto de Olmos causó un tremendo impacto. Proal reunió a su gente el 5 de julio; desde la tribuna, rodeado de su estado mayor, un grupo de mujeres todas vestidas de rojo, enardeció a la multitud que decidió ir a la casa del disidente para lincharlo. Cuando estaban a punto de rematarlo, se presentó la policía, y poco después un piquete de soldados al mando del coronel López Manzano. La multitud se replegó hasta el parque donde Proal seguía agitando. La tropa se desplegó en posición de tiradores; ante esos preparativos la multitud permaneció inmóvil. A las voces de mando de los militares, las mujeres contestaban: "¡Viva la revolución social!", grito que era coreado por más de dos mil gargantas.

Las mujeres, seguidas de algunos hombres, empezaron a avanzar lentamente hacia los soldados, con los brazos abiertos, ofreciendo el pecho a las balas. El coronel ordenó: “¡Preparen armas!” pero la masa humana no se detuvo. Simona Aguirre avanzó resueltamente hasta donde estaba el coronel Manzano; un soldado le arrebató la bandera y la golpeó brutalmente con la culata del fusil. Los obreros se lanzaron sobre los soldados. El coronel ordenó hacer fuego.

La multitud siguió avanzando, ciega de odio y de confianza en su propia fuerza. Al ver como caían sus oficiales el coronel ordenó la retirada y fue el primero en emprenderla. Los proalistas, ebrios de triunfo, realizaron una manifestación por el control de la ciudad, la que culminaron frente a las oficinas del sindicato con un gran mitin.

Las autoridades judiciales ordenaron la detención de Herón Proal. A la una de la madrugada del día 6 de julio, una columna de 100 hombres salió del cuartel *Morlos* en busca del líder. El local del sindicato fue rodeado por las tropas y la policía con órdenes de disparar a discreción. Cogidos a dos fuegos los inquilinos caían sin defensa posible. La tropa penetró al local rompiendo a culatazos la puerta, hiriendo y matando furiosamente.

En las calles la cacería de proalistas se prolongó varias horas. Nunca se supo con exactitud cuantas personas murieron; la prensa local calculó en 74 el número de víctimas, pero Herón Proal afirmó que habían sido 150. Un aguacero torrencial que se abatió sobre el puerto esa madrugada, lavó la sangre que corría por

Tres grandes luchas de los años 20 las calles. Algunas personas afirmaron haber visto a los soldados recoger cadáveres de niños ensartándolos con la bayoneta de los fusiles; muchas de las víctimas fueron arrojadas al mar, para que los tiburones completaran la obra de la burguesía. Noventa hombres y cincuenta mujeres, con Proal al frente, fueron llevados a la cárcel y sometidos a proceso.

La lucha inquilinaria siguió por nuevos cauces después de la tragedia. El Congreso local aprobó una Ley Inquilinaria por la que se restablecían las rentas vigentes en 1910; se declaraba de interés público el arrendamiento de locales para habitación; los contratos se celebrarían por conducto de la Receptoría de Rentas; los depósitos de los inquilinos, fijados por las mismas receptorías, serían depositados en un banco y los intereses devengados por este dinero serían para los inquilinos; el monto de los arrendamientos equivaldría al 9 % del valor catastral de la finca; se daba un plazo de 6 meses a los propietarios de predios baldíos para que construyeran viviendas y en caso de no hacerlo, los predios serían expropiados.

Todos los presos fueron libertados y Tejeda entregó al Sindicato de Inquilinos un nuevo local. La Ley Inquilinaria tejedista estuvo en vigor hasta 1937 en que fue derogada por el gobernador Miguel Alemán.

Herón Proal no creía estar encabezando una simple lucha inquilinaria, sino haber iniciado en México la revolución social. Cuando se hallaba en el apogeo de su fuerza, solía decir: “Dentro de poco arderá la república entera”. Por eso no opuso ninguna objeción a la iniciativa de los comunistas para que el movimiento inquilini-

Mario Gill nario de Veracruz financiara sus actividades en el campo. Úrsulo Galván, miembro del PCM, con dinero del Sindicato de Inquilinos, salió al frente de una comisión a poner en pie de lucha a los hombres del campo.

El incendio iniciado en el puerto cundió al campo; los terratenientes organizaron sus guardias blancas y los choques entre estos y los campesinos se sucedieron, regandose pródigamente la sangre campesina. Fueron los prolegómenos de la lucha agraria. El 23 de marzo de 1923 nació en el teatro Lerdo de Tejada de la ciudad de Jalapa, la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz, hija legítima del Sindicato Revolucionario de Inquilinos del puerto de Veracruz, como fruto del esfuerzo de los comunistas Úrsulo Galván, Manuel Almanza, Sóstenes Blanco y otros, así como del apoyo prestado a sus actividades por el gobernador Tejada.

El 6 de diciembre de 1923 el general Guadalupe Sánchez, jefe de las Operaciones Militares en el estado, secundó el movimiento reaccionario encabezado por Adolfo de la Huerta. Los terratenientes, a los que el general Sánchez había dado grado de coroneles, desataron una feroz masacre contra los líderes agrarios. Los principales dirigentes del naciente movimiento campesino: José Cardel, José María Caracas, Juan Rodríguez Clara, Feliciano Ceballos y otros miembros de los comités agrarios cayeron asesinados. Úrsulo Galván escapó de la matanza por encontrarse en Moscú, a donde había ido para participar en un congreso de la Internacional Comunista.

Muerto José Cardel, Úrsulo Galván quedó al frente de la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz que,

Tres grandes luchas de los años 20 liquidado el movimiento insurreccional delahuertista, prosiguió sus actividades que, finalmente, culminaron el año de 1926 con la creación de la Liga Nacional Campesina que agrupaba a 17 Ligas estatales, con cientos de miles de campesinos agrupados en ellas. Úrsulo fue el primer presidente de la flamante organización campesina nacional, y Guadalupe Rodríguez, miembro del Comité Central del Partido Comunista de México, era el tesorero.

* * *

Las utopías románticas de Mérida y Acapulco desaparecieron sin dejar huella con la muerte de sus dirigentes, por su incongruencia con la realidad histórica que confrontaban, y también porque en ella no participaron elementos del Partido Comunista que, pese a su debilidad e inexperiencia, disponía, sin embargo, de una línea inspirada en la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo.

Gracias al PCM, el movimiento proalísta fue transformado en el embrión de la lucha agraria. Fueron los comunistas los que, aprovechando las condiciones subjetivas creadas por los anarquistas de la Casa del Obrero Mundial, impusieron a la lucha de las masas, el contenido clasista y el sentido trascendente que históricamente les correspondía: la lucha por la tierra, postulado central de la revolución de 1910, que el grupo sonoreense en el poder no mostraba mucha prisa por llevar a la práctica.

A partir de entonces, liquidados físicamente los anarquistas y superadas sus tesis por inoperantes, la lucha quedó planteada entre el PCM que adquiriría fuerza, amenazadoramente, y el grupo callista que ya no pudo continuar adelante con su demagogia izquierdista. El hombre que había dicho que prefería arrojar al abismo envuelto en la bandera roja antes que traicionar al proletariado, se empeñó en destruir el poder creciente del Partido Comunista. Guadalupe Rodríguez, miembro del Comité Central del Partido Comunista de México, que con sus legiones de campesinos había salvado al gobierno callista de la rebelión reaccionaria encabezada por los generales José Gonzalo Escobar y Jesús M. Aguirre, fue fusilado por órdenes de Calles, el Partido Comunista sumido en la ilegalidad y decenas de sus miembros enviados a las islas Marías.

Finalmente, cuando el proletariado organizado acabó con la dictadura callista apoyando al presidente Lázaro Cárdenas, el viejo dictador abandonó el país con la biblia hitleriana, *Mi Lucha*, entre las manos.

Esa trilogía sangrienta, consecuencia del impacto producido en México por la Revolución de Octubre, fue una valiosa experiencia histórica; de allí arrancaron las luchas posteriores del pueblo mexicano, luchas de las que no han estado ausentes, a través de los comunistas, las tesis leninistas de la Revolución rusa.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- **La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- **Testimonios del 68.** Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

- **La oveja negra**, de Armando Bartra.
- **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- **Con el puño en alto**, de Mario Gil, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- **Lee Mientras Viajas 1**. Antología literaria coeditada con ADO GL.
- **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **Y si todo cambiara... Antología de Ciencia Ficción y Fantasía**.
- **Lee Mientras Viajas 2**. Antología literaria.
- **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- **Lee Mientras Viajas 3**. Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- **El exilio rojo**. Antología literaria.

- **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
- **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **López Obrador, los comienzos**. De Paco Ignacio Taibo II.